



Los Estados Unidos y el mundo desde el 11 de Septiembre. El futuro del modelo americano.

Norman Birnbaum

*Profesor emérito de la Universidad de Georgetown
y asesor del Comité Progresista del Congreso de Estados Unidos*

Las consecuencias del ataque a las Torres Gemelas perpetrado el 11 de septiembre de 2001 han sido considerables para la conciencia histórica de los ciudadanos de los Estados Unidos. Estas se han amplificado, de hecho multiplicado, por la respuesta del Gobierno Bush. El Presidente y su Ejecutivo han aprovechado la ocasión para arrogarse una legitimidad de la que carecían e iniciar así un proyecto de dominio global más agresivo y de mayor alcance de los experimentados durante el medio siglo anterior, cuando EEUU comenzó a involucrarse en los grandes conflictos internacionales.

La propuesta de una ataque- represalia contra Iraq (y escribo esto a finales de Octubre de 2002) sólo puede entenderse en el

contexto de dicho proyecto ya que dicho ataque supondría la demostración inicial del irresistible poder Americano. Pero sea lo que sea lo que ese poder pueda o no lograr, resulta muy dudoso que sirva para evitar futuros ataques del tipo que sufrimos hace un año ni tampoco para asegurarle a la ciudadanía norteamericana que la invulnerabilidad de la que hasta entonces se enorgullecían les vaya a ser restituida.

Mucho se ha escrito sobre la naturaleza conspiratoria internacional, y desde luego extra-nacional, del grupo islámico responsable de tal ataque. El argumento de si fue por motivos religiosos, sociales, culturales o políticos no ha logrado ocultar lo obvio: que los motivos de dicha agresión son múltiples.

Otro argumento especialmente baldío es aquél que asegura que, puesto que quienes perpetraron el ataque han sido dirigidos por musulmanes educados, su movimiento no puede en modo alguno representar a los desconsolados de la tierra porque la desgracia, como todo estudioso del nacionalismo europeo sabe, es psico-cultural en su naturaleza y no simplemente una categoría económica. El argumento resulta más grotesco si cabe cuando lo utilizan personas que niegan hasta la saciedad que su propia moralidad les viene dictada por su posición social y económica y con ello, niegan a sus adversarios históricos la soberanía moral que reclaman para sí.

Es cierto que la guerra contra el terror, como se la denomina en EEUU y en todos aquellos países donde prima el discurso americano, adolece del contorno y dinámica de muchas guerras de nuestro más reciente pasado. Esta tiene algo de extra-territorial, representa un cierto internacionalismo armado del tipo que hasta ahora albergaban las fantasías paranoides de los conservadores, siempre ansiosos ante posibles amenazas conspiratorias contra su poder.

Sí existe una amenaza frente a ese poder y podemos entenderla como algo que es a la vez un ataque cultural y lucha de clases contra la opresión y el dominio. Las estructuras de dominio en cuestión son políticas: el nuevo imperialismo del capital multinacional y su reclutamiento sistemático de élites naciona-

les con lealtades nacionales restringidas. También son culturales: la universalización de la cultura del acomodo, que en el mundo occidental ha venido a sustituir a las sensibilidades y valores cristianos que los islámicos (con infalible imprecisión) dicen resistirse a adoptar.

Otra de las paradojas de la situación es que EEUU, principal enemigo a batir en la mente de los Fundamentalistas Islámicos, es también presa de conflictos sobre temas que quizás no estén tan alejados de aquellos que preocupan a los islámicos: tomarse la Biblia al pie de la letra, la libertad de investigación y experimentación científicas, el multi-culturalismo y el pluralismo religioso, el estatuto de la mujer. El gobierno Bush está dominado por tecnócratas reconversores pero su base electoral es fuertemente fundamentalista, especialmente en el Sur y Oeste de Estados Unidos. Ese fundamentalismo ha sido hasta ahora frenado por los defensores de una sociedad americana plural y laica, pero con la llegada del gobierno Bush estos últimos se han puesto a la defensiva.

Los cínicos ideólogos y los manipuladores políticos proclaman en el extranjero la misión universal de una nación unida, mientras que infatigablemente denuncian que los críticos con el gobierno Bush - igualmente corruptos por un secular liberalismo doméstico- suponen un ejemplo claro de mala fe, que también impera en el resto del mundo por su incapacidad para interpretar la Historia de la Nación Americana.

A primera vista, que el ataque sorpresa a las Torres Gemelas supusiera un golpe bajo a la auto-complacencia americana puede resultarnos sorprendente. Sin embargo, el World Trade Center fue atacado con anterioridad; se perpetraron atentados contra aviones civiles, embajadas y destacamentos militares norteamericanos en el extranjero... aunque, naturalmente, el trágico simbolismo de los hechos acaecidos en Nueva York y Washington fue y sigue siendo enorme.

La razón que justifica el asombro general ante el nuevo ataque es tan obvia que puede incluso ser pasada por alto: sólo uno de cada cuatro ciudadanos lee la prensa con cierta regularidad y

sólo uno de cada cinco considera que las noticias sobre lo que ocurre fuera de sus fronteras tienen algún interés. Habiéndose cerrado los ojos y oídos ante todos esos hechos anteriores, la ciudadanía se vio incluso más sorprendida al darse cuenta de pronto que la pretendida invulnerabilidad de su país podría ser ilusoria.

También los millones de inmigrantes y las decenas de millones de hijos de inmigrantes (por ejemplo, los cientos de miles de israelíes que viven y trabajan en EEUU) quedaron atónitos: ellos y sus familias habían cruzado el Atlántico escapando del infortunio de sus países de origen y, además, creían firmemente en el poder americano como fuerza disuasoria eficaz. Las advertencias de los americanos más reflexivos (muchos de los cuales no son políticamente radicales sino conservadores) y que apuntaban que la nación padecía de un orgullo desmedido no se hacían accesibles a la ciudadanía. La ciudadanía no lee los libros ni la prensa o las revistas en que dichas advertencias se publican; además, carecen de la capacidad intelectual para comprenderlas, máxime cuando su visión de la Historia nacional es totalmente triunfalista.

Algunos de los asesores más cercanos a Bush ni son ni ignorantes ni provincianos; mas al contrario, son calculadores, expertos y están bien informados. Explotan, sin embargo, los defectos intelectuales de una nación despolitizada. Con un cincuenta por ciento de electorado que no vota, difícilmente se puede esperar que la ciudadanía desarrolle una visión crítica sobre nuestro papel en el mundo.

Este contexto explica en mayor o menor grado la síntesis de la agresividad, ansiedad y chauvinismo resumida en la patética pregunta ¿ Por qué nos odian?. A pesar del turismo, las visitas que hacen a sus amigos y parientes en el extranjero, el contacto con los inmigrantes y el servicio militar fuera de su país, muchos americanos permanecen ignorantes del resto del mundo y sus problemas. Algunas de las Iglesias son internacionales y solidarias en sus enseñanzas. Ello es bien cierto de los Protestantes organizados en el Consejo Nacional de Iglesias, con 50 millones de adeptos a sumar a los 70 millones

de católico-romanos practicantes. Ambas agrupaciones han emitido recientemente comunicados rigurosos contra un posible ataque de los EEUU sobre Irak alegando que estaría totalmente injustificado. Los protestantes organizados en las distintas iglesias fundamentalistas (casi 8 millones), sin embargo, son partidarios de una política externa unilateral, y comulgan fielmente con las tesis maníqueas de Bush. ya que ven a los Estados Unidos como la encarnación del bien y a sus enemigos como el mal.

En el contexto de la Historia americana, esas diferencias se han aplicado con frecuencia a los conflictos domésticos. El gobierno Bush ha logrado un apoyo popular considerable gracias a tachar a los críticos con su gobierno de faltos de patriotismo- e incluso de subversivos, fenómeno que experimentamos durante la Guerra Fría. En cualquier caso el partido Demócrata ha capitulado y sus líderes en el Congreso no han osado oponerse a las intenciones del Presidente. La oposición ha venido de la mano decidida del anterior Vice-presidente Gore y del ex-presidente Carter y también, aunque de forma mucho más ambigua, por parte del ex-presidente Clinton.

Los medios de comunicación de masas, al informar - cuando lo hacen- sobre lo que acontece en el mundo más allá de nuestras fronteras, lo hacen en términos indefectiblemente superficiales, a menudo triviales y, por lo general en consonancia con la apología de nuestro "imperio". Al tratar los temas iraquíes nunca mencionan el hecho de que fueron los propios Estados Unidos quienes prestaron ayuda militar a Irak en la guerra contra Irán y cuando refieren asuntos sobre Indonesia no hacen mención alguna al genocidio de más de medio millón de indonesios durante el golpe de estado de 1967 sutilmente liderado por los americanos- y que tuvo como consecuencia el predominio islámico en la política del país.

Ni mencionan tampoco, aunque resulta un hecho algo más difícil de ocultar, que los fundamentalistas islámicos contra los que ahora luchamos se organizaron y armaron inicialmente para combatir a la Unión Soviética en Afganistán de la mano de EEUU. En resumen, y con algunas honrosas excepciones

(como el New York Times, por ejemplo) nuestros medios de comunicación actúan más como un Ministerio de Propaganda que como prensa libre. Ello es debido en parte al etos capitalista y a la organización de la sociedad americana donde el periodismo no es una profesión liberal sino un trabajo en el marco de un negocio enormemente lucrativo y los propietarios de ese negocio no sacan beneficio alguno oponiéndose a un gobierno cuyas líneas en política social y económica ellos mismos apoyan.

Las universidades son, por contra, fuente potencial de resistencia frente al proyecto imperialista de Bush. Las universidades de EEUU han sido siempre centros para la crítica social, para diseñar modelos sociales alternativos. Es por ello que sus profesores (y hay cerca de 1 millón de ellos) llevan casi medio siglo bajo la vigilancia celosa y frecuente hostilidad de las élites sociales. Por una parte, las universidades son necesarias para proporcionar conocimientos y para generar mano de obra cualificada; por otra parte, las universidades fomentan entre el alumnado y sus graduados actitudes críticas y también les enseñan a pensar por sí mismos - algo que es siempre políticamente peligroso.

La crisis reciente ha puesto en bandeja a ciertos grupos políticos la ocasión de poner en circulación listas negras de profesores sospechosos de falta de entusiasmo por los proyectos del gobierno. Debe decirse asimismo que las universidades también proporcionan burócratas e ideólogos que administran y justifican los proyectos de la elite nacional en lo que respecta a política interior y exterior.

En las disciplinas denominadas "políticas", i.e. economía, derecho, ciencias políticas, preponderan profesores universitarios cuyos puntos de vista están en total consonancia con los de la elite en el poder, es decir: son acordes al sistema. Los críticos están en minoría y con frecuencia ocupan cargos relacionados con disciplinas algo alejadas de la rutina institucional en nuestra sociedad actual: historia, literatura, filosofía. Los científicos de vocación están divididos, los más teóricos inclinados a veces hacia actitudes y posturas más críticas. Pero en ningún caso

puede decirse que las universidades sean baluartes de resistencia frente a la actual distribución de las cotas de poder y la poca resistencia que existe está muy disgregada.

Un fenómeno cultural que vivió la pasada generación está teniendo consecuencias interesantes ahora- aunque negativas para la disidencia americana emergente. Durante la mayor parte del siglo pasado los ciudadanos judíos de EEUU estuvieron a la vanguardia de los movimientos pro-reforma social y tuvieron fuertes vínculos con el partido Demócrata. Los judíos americanos están entre los grupos étnicos más prósperos y educados de la nación; sobresalen en las instituciones académicas, la industria cultural y las profesiones.

A partir de 1967, sin embargo, su tradicional sentido de justicia inspirado en la Biblia (si bien con frecuencia secularizado) entró en conflicto con su apoyo explícito al Estado de Israel. Como el conflicto árabe-israelí se ha intensificado, los judíos americanos en su mayoría (aunque hay excepciones significativas) han dejado que la solidaridad étnica prevalezca sobre lo que antaño fueran simpatías y condescendencia para con las víctimas de la injusticia y la opresión. El resultado ha sido el surgir de una clara y amplia contribución de la etnia a la ideología neo-conservadora y una singular alianza entre los fundamentalistas protestantes y los distintos grupos judíos que apoyan a Israel. Existe una clara intencionalidad por parte del partido Republicano de alejar a los judíos de sus tradicionales preferencias por los Demócratas. Ello abriría las puertas a los avances Republicanos tanto en las elecciones al Congreso como en las Presidenciales en California y en Nueva York, feudos tradicionalmente Demócratas. Por el momento, y pase lo que pase en el futuro, la comunidad judío-americana no apoya ostensiblemente las críticas al unilateralismo del Presidente.

Y vuelvo ahora a la situación doméstica en EEUU (y a la posibilidad de cambios políticos). Consideremos la llamada "doctrina Bush", las directrices sobre política exterior y militar emitidas por la Casa Blanca en una serie de discursos y afirmaciones políticas, y concretizada en una secuencia de decisiones tomadas por el gobierno sobre un amplio abanico de temas. Bush ha

optado por alinearse con aquellos sectores de la opinión pública americana que desde hace tiempo desconfían del pluri-lateralismo en general y de la cooperación con la ONU en particular. A ese recelo hay que añadir la valoración negativa de un sector del aparato militar y político sobre las limitaciones impuestas a EEUU durante su intervención en la Guerra de los Balcanes (en Bosnia y posteriormente en Kosovo) y debidas a la necesidad de llegar a acuerdos con las fuerzas aliadas sobre estrategia y táctica.

El partido Republicano fue también particularmente hostil con la ONU y otras iniciativas internacionales en lo que respecta a sus políticas medioambientales, planificación familiar, los derechos de la mujer y derechos sociales y económicos. Interpretó de forma muy limitada y con miras estrechas la declaración universal de los derechos humanos, adoptando una postura paternalista, similar a la que se tendría de tratarse de misiones cristianas por ejemplo, pero decididamente no las han enfrentado igual que cuando se trata de deslegitimar la pena de muerte y el ilegal encarcelamiento de todo presunto terrorista en Guantánamo, Cuba - haciendo caso omiso de de la Constitución Norteamericana en lo que se refiere al tratamiento debido tanto a ciudadanos norteamericanos como a los extranjeros en el contexto geográfico de la nación.

A partir de ahí se proclamará una nueva doctrina de seguridad nacional. Sus características esenciales son la codificación del derecho a lanzar ataques preventivos; la afirmación de que ninguna otra nación podrá igualar la fuerza militar norteamericana; la pretensión de querer erigirse en policía internacional sin tener en cuenta otras normas o limitaciones que las que ellos se impongan a sí mismas; y por último la insinuación de que un nuevo orden mundial debe descansar sobre la economía de mercado y "la democracia". La historia de la intervención de EEUU en los asuntos internos de otros países es harto larga y conocida. España recordará la alianza entre el gobierno de Eisenhower y Franco, materializada en apoyo económico al Régimen y también los curiosos eventos que rodearon el intento golpista de 1981, cuando las tropas USA en España fueron

confinadas en sus bases el día anterior a los hechos y que, el por entonces Secretario de Estado, Alexander Haig se apresuró a proclamar aquello como un asunto estrictamente interno. La declaración formal de esa doctrina se materializó en el grosero apoyo a los conspiradores venezolanos contrarios a Chávez y también precedió la campaña abierta por parte del Embajador de EEUU en las elecciones alemanas del pasado septiembre y otras declaraciones de los "fuertes" de Washington que obviamente iban dirigidas a debilitar las posibilidades electorales de una coalición de la izquierda y los Verdes. Los potenciales usos reales de la nueva doctrina, que implicarían entre otras cosas la carrera armamentística con China y la India para mediados de siglo, son ilimitadas.

La doctrina Bush ha provocado un amplio debate tanto a nivel nacional como a nivel internacional- y que no ha oscurecido del todo el fracaso de EEUU en capturar a Ben- Laden - ni ha obviado derrotas políticas como la derivada del hecho de que el mundo entero se ha dado cuenta que, aunque los Talibanes se han ido, el caos y los señores de la guerra siguen imperando en Afganistán, y también la que se deriva de la reciente victoria de los islámicos en las elecciones pakistaníes; que las fuerzas armadas norteamericanas se han extendido por Asia central (punto crítico y fuente potencial de fricciones con China y Rusia y, dada la naturaleza de sus regímenes, se le proporciona apoyo activo a totalitarismos brutales); que el apoyo de EEUU a la ocupación continuada de territorios palestinos por un gobierno israelí incapaz de emprender la guerra o la paz con éxito, pero que sí es capaz de responder a las revueltas únicamente con medidas que incitan a mayores cotas de violencia, sigue vigente; que las tropas norteamericanas han vuelto a las Filipinas donde desembarcaron por vez primera en 1898 para restablecer el orden en el territorio: el problema radicado en la parte sur del país, zona eminentemente musulmana, sigue aún sin resolver. Que Indonesia es un hervidero y que el reciente atentado perpetrado en Bali constituyen la apertura de un nuevo frente de hostilidades; que la financiación de Al-Qaeda (la red terrorista original) por parte de su aliado Arabia Saudí - si creemos lo que el gobierno Bush afirma- no ha sido bloquea-

da. En resumen, habiéndole declarado la guerra al terror, EEUU sólo está teniendo victorias irrisorias y temporales de las que alardear. Al-Qaeda, que ha perdido las ciudades afganas y parte de la zona rural donde tenía su base, opera con total impunidad desde algún otro punto del país y cuenta con posibilidades reales de asumir, junto con sus aliados pakistaníes, el control de grandes zonas de Pakistán.

EEUU, o mejor dicho, el gobierno y sus ideólogos, han rechazado los consejos de otras naciones en lo que se refiere a considerar una estrategia a más largo plazo, una estrategia que sea cultural, económica y política, para hacer frente a la hostilidad islámica- y también a la no menos notoria hostilidad por parte de muchos movimientos opositores existentes en el mundo, algunos de ellos vinculados a la acción violenta, otros no (al menos por ahora).

Así que, después de todo, existe una amplia oposición a aceptar a EEUU como poder imperial y capitalista y que abarca no sólo a los fundamentalistas islámicos sino también a los cristianos europeos y latinoamericanos, socialdemócratas y socialistas de toda clase y condición y, por muy rudimentaria que sea su organización, también a aquellos grupos de acción que se movilizaron para protestar en Seattle y Génova. Pensemos también en el papel asumido por Sudáfrica como líder de las naciones más pobres del continente africano. Y lo que es más, otros centros de poder en desarrollo (cualesquiera sean sus actuales formas internas de organización económica y política) probablemente no quieran convertirse a la larga en un mero súbdito en el contexto del nuevo orden mundial buscado por Norteamérica: China, India, Rusia y, finalmente, una Unión Europea soberana y unificada.

Los líderes actuales de la política americana se creen, aparentemente, sus propios mitos de omnipotencia. Eso y todo lo anterior, combinado en maneras sutiles, difíciles de discernir incluso entre la ciudadanía a pesar de la sensación actual de amenaza y fragilidad, explica el por qué de la intención de atacar a Irak. Las razones dadas hasta el momento son múltiples y a veces contradictorias: que sus armas suponen un peligro ora inme-

diato, ora a largo plazo; que si Saddam y su regimen oprimen al pueblo (algo que importó poco a EEUU cuando le enviaron armas convencionales y biológicas , satélites espía y asesores militares durante la guerra contra Irán hace ya veinte años); que si Saddam ha ayudado a los terroristas islámicos- acusación vertida a pesar de la falta de pruebas y la secular naturaleza de los Baahistas. Pero algunos en Washington son lo bastante indiscretos como para mencionar la palabra petróleo. Obviamente, el establecer un gobierno amigo en Irak contribuiría a reducir la dependencia de EEUU del petróleo saudí (aunque también se conseguiría el mismo objetivo incrementando el uso del transporte público, reduciendo el tamaño de nuestros coches y potenciando el desarrollo de vehículos eléctricos).

Otros afirman que con Saddam fuera de combate será más fácil volver a dibujar el mapa de Oriente Medio (ignorando de paso los conflictos existentes entre Chiítas y Sunitas; el problema de los Kurdos, los intereses de Irán y Turquía en Irak). Mayormente, los geopolíticos de Washington ignoran el potencial caos resultante de una ofensiva norteamericana contra Irak en estos momentos. Casi sin excepción, aquellos que están a favor no han servido en el ejército y nuestros oficiales militares ya se han manifestado con cierta cautela acerca de las posibilidades de una conquista rápida e indolora. El lobby israelí, a pesar de las consecuencias que ello supondría para Israel si la situación en Oriente Medio se desmanda, respalda la propuesta de Bush sin titubeos. Una conjetura razonable es que Sharon y sus colegas piensan que la guerra puede darles cobertura para continuar con la limpieza étnica, tanto en Israel como en los territorios ocupados.

El tono empleado por Bush al exigir al Consejo de Seguridad de la ONU la autorización para lanzar un ataque sobre Irak habla por sí mismo: sin humildad ni sutileza. El comportamiento de su gobierno (con opiniones aparentemente divididas) es bastante distinto, tal y como sugieren las largas negociaciones que se llevan a cabo con el gobierno francés mientras escribo estas líneas. Bush a puesto en práctica una vieja costumbre imperial

con sus homólogos europeos: divide y vencerás. Un gobierno británico ya de por sí dividido se ha alineado en mayor o menor medida con Bush; la entusiasta sumisión de Aznar y Berlusconi (ambos fuertemente criticados por amplios sectores de opinión en sus países de referencia) ha sido dada por sentado y apenas agradecida con un "gracias" a secas. El rechazo alemán a acatar lo que ellos llaman un diktat provocó la ira del gobierno Bush que, en represalia, hizo todo cuanto pudo para echar del poder al gobierno de Schroeder. Los Chinos, Franceses y Rusos fueron tratados con más respeto: son países que cuentan con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de la ONU y que bien podrían utilizarlo.

Si Bush va a atacar o no a Irak sigue estando poco claro. Según escribo, el mensaje "cambio de régimen" parece haberse lanzado a modo de imperativo moral. Muchos de los burócratas relacionados con política exterior son sensibles a las dudas y temores de otras naciones sobre la posible ofensiva, sobre todo las expresadas por los países europeos. Los Demócratas, quienes mayormente tienen miedo a ser etiquetados como "no patriotas", sufrieron la mayor de las humillaciones cuando el gobierno anunció que Corea del Norte tenía un programa de armas nucleares y que, por tanto, consultaría a China, Japón y Corea del Sur antes de tomar una iniciativa sobre el asunto. El contraste con la urgencia de iniciar una ofensiva contra Irak expresada por el gobierno, la ocultación de los hechos antes de emitir el voto sobre la propuesta de ataque en las Cámaras Alta y Baja, son hechos que hacen que los Demócratas parezcan amateurs en la arena política, a quienes se engaña y se supera en estrategia con facilidad. Pero las apariencias no engañan tanto.

Algunos Demócratas están trabajando arduamente en combatir los planes de Bush pero el partido está tan dividido y tan poco combativo que sus argumentos para aceptar el liderazgo de Bush en política exterior, diciendo que de esa forma se verán más libres para contestar su política económica y social, resultan cada vez menos convincentes. Como partido, carecen de capacidad para la lucha todo-terreno ya que han pedido el pro-

yecto reformista que fue su *raison d'être* durante gran parte del pasado siglo.

Sí. existe oposición doméstica.: grupos organizados en Iglesias, profesores y estudiantes universitarios, organizaciones pro-derechos humanos y movimientos internacionalistas, gran parte de la comunidad afro-americana (los afro-americanos están presentes en gran número en las unidades de combate de nuestras fuerzas armadas voluntarias), aquellos que recuerdan la lucha interna que se originó sobre la Guerra del Vietnam y algunos veteranos de la Guerra del Golfo.

Todos ellos se han adherido a los publicistas, la parte crítica del aparato burocrático para política exterior, y a los Senadores y Diputados Demócratas en la oposición para insistir en que no hay justificación real para atacar a Irak. Saben, y con frecuencia así lo dicen, que el ataque pretende ser una demostración de poder, una afirmación del deseo nacional de dominar, y son ellos quienes proponen un papel bien distinto para nuestra nación dentro de ese nuevo orden mundial.

Las posibilidades de que ese papel sea de nuevo asumido a breve plazo por un gobierno distinto al que ahora tenemos, un gobierno que responda a la tradición internacionalista y reformista de la democracia americana serían muy superiores si nuestros amigos europeos asumen sus responsabilidades históricas para oponerse a la temeridad de estos incultos que ahora nos dominan y que pretenden también dominar el mundo.



Norman Birnbaum
Catedrático emérito
de la Universidad de Georgetown

Nació en Nueva York en 1926, estudió en la escuela pública, en el Williams College, y en la Universidad de Harvard, donde se doctoró en Sociología.

Fue profesor en la Escuela de Ciencias políticas y Economicas de Londres, Universidad de Oxford, de Estrasburgo en el Amherst College. Introdujo el post-graduado de Sociología en la universidad De Oxford y de Amherst.

Desde 1979 está en la Law Center de la Universidad de Georgetown, siendo profesor emérito de la misma desde 2001.

Ha colaborado con la Fundación Gianni Agnelli (Turín), el Instituto de Estudios Avanzados, la Wissenshafszentrum y Wissenschaftskolleg de Berlin, la Escuela de Altos Estudios Sociales y la Fundación Degasperri. Ha sido distinguido como profesor Fulbright de la Universidad deBolonia y profesor visitante de la Escuela de Economía de Londres en 1998 y de la Nuffield College, y de la Universidad de Oxford en el 2001.

Ha sido miembro de la Fundación Guggenheim, de la Corporación Carnegie, de la Fundación Ford y de la Fundación Mellon.

Fue el editor de New Left Review y formó parte de la junta editorial de la Partisan Review y de The Nation. Ha sido miembro consultor del Congreso y del Senado, del National Security Council, y ha participado en las campañas Presidenciales de Carter, Kennedy y Jackson Y también ha trabajado con la the United Auto Workers y con los partidos de la Internacional Socialista.

Ha tenido una presencia activa en la Campaña por el futuro de América, asesor del Congressional Progressive Caucus y trabajo con la nueva dirección de AFL-CIO, y con la federación americana de sindicatos. Es Senior Scholar en el Instituto de Estudios políticos.

El profesor Birnbaum, aparte de las publicaciones en libros escolares y revistas, colabora frecuentemente con la prensa europea y norteamericana. Ha publicado libros como La Crisis de la Sociedad Industrial, La Política de las Ideas en la América Moderna, Searching for the light, Essays in thoughts an Culture, Después del progreso: Reforma en la America Social y en la Europa Socialista en el siglo XX, y un largo etcétera.